
QUIÉN SABE CUANTOS DÍAS

Luis Barjau / Escuela Nacional de Antropología

I

Flotan los árboles.
La madrugada manchó de verde
a la negra sombra;
sombra sombreada
la oscura noche
que se supera en la madrugada.
De primavera,
por la ribera que aburre al tiempo
bailan, vidriera multifacética,
miles de espejos, que con el viento
dan movimiento
al río fresco que descendente
habla dialéctico a la ribera.
Cunden las flores,
finas sonrisas
que accidentales
pueblan valientes,
hasta que vuélvenlas
inviernos nuevos
nuevas cenizas.

II

Rondan las once de la mañana.
Sabor presiento de mediodía
y seco viento, frente humedece
de labradoras y campesinos...
Por entre los más bestiales yugos,
por los trabajos asalariados,
surgen las caras de mis hermanos
que odios albergan entre sus manos
para las manos del asesino...
¡No sólo flores tiene el camino!
más hay horrores... y no lo digo

ahí tengo hermanos grises poetas
los explotados y campesinos.
¡Todo es silencio! Aguardo y vivo...
en lo que vivo, vivo aguardando
que mis hermanos vengan conmigo.
Solo, cansado.
Cansado de estar solo, solo de estar cansado,
por verdes bosques y olores finos,
abro un camino
y en lo que atino a quedarme solo,
hago la cuenta de cuantas veces
mi pluma joven escribirá "¡solo!"
y en abstracciones y desatinos
voy por el mundo y río.

III

Lento está el río,
lento y dormido.
La mariposa vive en cada árbol,
lo que la rosa en cada animal;
el único silencio florido y verde:
silencio musical.
En sus orillas,
por maravilla
muestran los hombres su humanidad:
un campesino contempla el río;
sin más motivo que su albedrío,
como las redes de pescadores,
al mar,
arroja al agua su pensamiento
que huye flotando ribera abajo,
hasta ensayar la felicidad.

IV

¡Cuánto morirse por ser verdad!
Hacer del llanto, de la tristeza,
la soledad y el dolor entero
un grito inmenso, largo y eterno
que se deslice por los poetas...
los humoristas...
los que consienten en sí vehemencia,
alegre y buena
para ofrecérsela al mundo entero.
Guardar extrema exaltación...
sólo hasta el punto de la demencia
en que los cuerdos,
penden de un hilo solo del mundo.

v

(Tarde y quietud, siempre penúltima desesperación.
 ¡Soledad!
 Quedar todo el dolor sin energías
 y también el amor.
 Receso en la batalla.
 ¿Arrítmico y poético recomenzar?)
 Canto no sé de dónde
 y desde dónde canto
 lo hago con fuerzas que no son mías.
 Fino el oído y mientras me hundo,
 mando perderse el mirar del hombre
 por todo el mundo. . .
 Miedo no tengo ahora, casi de nada;
 el único temor que es de este instante:
 es de este instante ser sorprendido;
 pudor connatural a cualquier hombre
 que hace el amor a la naturaleza.
 Con la tristeza débil con que el sol
 retiene un poco más la eterna despedida,
 la conclusión del día,
 huyen miles de cosas, risas inadvertidas
 que son buena señal. . .
 Nunca la tarde cesa de explicar
 sabias y hondísimas razones
 que contiene en sí misma la humanidad.

vi

(Ésta es la noche serena y pensativa;
 difícil de lograr.
 Un querer agredir
 a través de soportable frío.
 Quietud de las últimas ventanas con luz
 y despedida de bostezos.)
 Cae serena, quieta y serena
 como la brisa sobre la arena.
 Silencio inmenso, silencio negro
 interrumpido en brillar azul,
 azul eléctrico,
 luceros místicos, siempre místicos,
 que sin porfía
 enseñan única y lúbrica filosofía.
 Distancia, distancia negra
 e interrogar. . .
 Oscuro y lóbrego hilar poesía
 en muchas vidas como la mía:
 noche serena, ¿qué más yo puedo decir de ti?